

son diversos; en algunos casos, las niñas y los niños conocen y expresan sus ideas sobre el proyecto migratorio familiar, pero en otros no son informados ni consultados; por ejemplo, el libro relata algunos casos extremos, donde la familia opta por mentir sobre las fechas y los verdaderos motivos del propio viaje infantil.

Finalmente, el estudio propone diversas estrategias para los programas de cooperación, así como un esquema explicativo de la actuación infantil en la migración. En otras palabras, las niñas y los niños se consolidan como sujetos «atravesados» por este proceso, a raíz de

lo cual emerge el actor social como un sujeto «reconstruido» que reflexiona y decide sobre su proyecto de vida; es decir, se transforman en *actores de su propia historia*. Sin embargo, Gaitán concluye que es preciso que dicha condición de actor sea reconocida por el resto de actores, ya que la falta de reconocimiento incide para excluirles de muchas decisiones y procesos que sin duda transformarán radicalmente sus biografías.

Iskra Pavez Soto,
GEDIME, UAB
iskra.pavez@uab.es

PINKER, Steven

La tabla rasa. La negación moderna de la naturaleza humana [2002]

Barcelona: Paidós, 2005

La negación de la naturaleza humana ha sido uno de los pilares fundamentales de la sociología. Por motivos metodológicos y de perspectiva en unos casos —los hechos sociales se deben explicar por otros hechos sociales— e ideológicos en otros —hablar de naturaleza humana se considera reaccionario—, la indagación sociológica ha negado el hecho de que determinadas fuerzas innatas del ser humano puedan desempeñar algún papel en la explicación de la conducta social. Los instintos, los genes o la evolución han sido conceptos rechazados, cuando no combatidos, por las ciencias sociales. La fuerza de esta negación ha sido tal que ha influido en buena parte de la vida intelectual del siglo XX, y se ha convertido, como afirma Steven Pinker, en una suerte de religión secular de la vida moderna.

Conocer los fundamentos de esta visión de la naturaleza humana, analizar sus orígenes intelectuales y reflexionar sobre los motivos de su dominio en la vida intelectual moderna, así como sobre sus repercusiones morales y políticas, son los

objetivos de esta interesante obra. Steven Pinker es profesor de psicología en el MIT. Especialista en psicología del lenguaje, es conocido internacionalmente por sus obras de divulgación sobre el extraordinario complejo constituido por la mente y el lenguaje. Pinker es considerado uno de los principales exponentes de la psicología evolucionista, disciplina que estudia los mecanismos psicológicos resultado de la evolución y su influencia en la conducta humana (Buss 2004). La psicología evolucionista considera la mente, su objeto de estudio, como un producto adaptativo de un pasado evolutivo dirigido por la selección natural. La conducta humana, a pesar de las variaciones culturales, presenta aspectos comunes (emociones, estrategias sexuales, motivaciones, etc.) desarrollados por los humanos durante cientos de miles de años para hacer frente a los problemas de la existencia. La psicología evolucionista ha supuesto una renovación de las ideas planteadas por primera vez de un modo sistemático por la sociobiología para

el estudio de la conducta social. En alguna medida, la psicología evolucionista toma el relevo durante los años ochenta y noventa del trabajo realizado por Wilson (1975, 1978) y su *Sociobiology*, en la década de los setenta, sobre las bases biológicas de la conducta social, acusado desde distintos frentes de determinismo y reduccionismo.

A lo largo del libro, Pinker trata de analizar por qué la idea según la cual existe una naturaleza humana no completamente moldeable por las influencias del entorno ha sido considerada una postura despreciable intelectual y moralmente, mientras que la postura contraria es entendida como moderada. Pinker distingue tres grandes doctrinas que han fundamentado la visión moderna del ser humano. En primer lugar, la tabla rasa (*tabula rasa*), idea atribuida por lo general a Locke, cuya formulación actual sería que la mente no puede tener ninguna estructura innata. En segundo lugar, la idea del buen salvaje, idea difundida en la obra de Rousseau, que considera los problemas sociales no como tragedias inherentes a la naturaleza humana, sino como resultado modificable de las instituciones sociales. En tercer lugar, la doctrina que denomina el fantasma de la máquina, que explicita el dualismo mente y cuerpo. A juicio de Pinker, estas ideas se combinan con el progresismo del siglo XX, que provee una actitud nueva hacia la raza y el sexo —el conductismo, que sitúa en el mundo exterior el origen de la conducta— y la revolución en el estudio de la cultura iniciada desde las ciencias sociales por autores como Boas, Kroeber o Durkheim, que resulta en una aversión dominante hacia los instintos y la evolución. Una hostilidad que, como afirma Pinker, no sólo ha deformado significativamente los estudios sobre el ser humano, sino también las decisiones públicas y privadas guiadas por tales estudios.

Pero, en los últimos años, los avances en el estudio de la mente, el cerebro, los

genes y la evolución han cuestionado seriamente los postulados de la tabla rasa. Pinker repasa los principales avances en la ciencia cognitiva, la neurociencia, la genética conductual o la psicología evolucionista para mostrar que la idea de la conducta humana y social determinada únicamente por fuerzas sociales es insostenible. Estas disciplinas han documentado la existencia de mecanismos mentales universales, de una estructura física del cerebro innata y no por entero maleable, y de una estructura genética con una gran influencia en la conducta y los atributos humanos; todo ello, resultado de la selección natural. Esta nueva visión del ser humano ha puesto de manifiesto la complejidad de la naturaleza humana, pero también la gran importancia que los genes, la estructura cerebral y la estructura hormonal tienen en la forma de pensar, sentir y actuar de los seres humanos y su interacción social.

A lo largo del libro, Pinker discute muchos de los ataques sufridos por las teorías sociobiológicas y evolucionistas. La teoría de la plasticidad del cerebro niega, para algunos, la teoría innatista. Pinker sólo halla la constatación de que existe el aprendizaje. Las posturas de Jay Gould o de los autores de *Not in our genes* [*No está en los genes*] (1984), del genetista Richard Lewontin, el neurocientífico Steven Rose y el psicólogo Leon Kamin, reciben una especial atención. *No está en los genes* supuso una dura crítica a la postura sociobiológica. Su postura es, en principio, integradora: el comportamiento social no es genético, sino que está influido por el entorno del individuo, por la sociedad, que enseña al individuo cómo desempeñar un papel en la sociedad. Genes y entorno interactúan de modo que ningún elemento prevalece. Pero, aunque la idea de interacción compleja entre la herencia y el medio tiene un gran apoyo empírico, Pinker cuestiona diversos elementos de esta postura. En primer lugar, que, aun reconociendo la existen-

cia de la naturaleza humana, se da a entender que ésta tiene un potencial para cualquier tipo de conducta (ej. altruismo o egoísmo), que es moldeable y que sólo conductas como el comer o el dormir son en esencia innatas. En segundo lugar, hacen pensar que los fenómenos sociales son por completo externos al individuo y ajenos a la estructura neurohormonal y mental del ser humano.

Pinker discute estos postulados en las últimas partes del libro; repasa las repercusiones de la existencia de la naturaleza humana y los temores que suscita (desigualdad, inutilidad de la reforma social, determinismo); y por qué los humanos somos como somos y no como nos gustaría que fuéramos. Se tratan cuestiones como el egoísmo y el altruismo, las motivaciones humanas, los sentimientos morales, la irracionalidad. En la quinta parte analiza cinco «temas candentes», como son la política, la violencia, el género, los hijos y las artes. Pinker plantea el análisis que la psicología evolucionista y la sociobiología hacen de estas cuestiones y critica por qué la postura construccionista social está equivocada y ha conducido a importantes y negativas repercusiones en la vida pública.

Un interés especial posee el capítulo dedicado a la influencia de la familia en el desarrollo de los hijos. Pinker lo inicia con la frase provocadora de Turkheimer (2000) en su artículo «Tres leyes de la genética de la conducta y su significado»: «el debate de la naturaleza frente a la educación ha concluido». En efecto, tras años de estudio con gemelos univitelinos y bivitelinos se han extraído conclusiones muy significativas. Las tres leyes se enuncian así: primera, todos los rasgos conductuales humanos son hereditarios; segunda, el efecto de criarse en la misma familia es menor que el efecto de los genes; tercera, una porción sustancial de la variación en los rasgos conductuales humanos complejos no se explica por los efectos de los genes ni de las familias. El debate *nature*

y *nurture* parece que ha concluido. El resumen práctico de las leyes para la variación de los rasgos conductuales humanos es el siguiente: los genes, el 40-50 %; el medio compartido (la familia), el 0-10 %; el medio exclusivo (el grupo de pares, lo que uno hace y piensa, el azar), el 50 %. Existen pocas ideas con tanta potencia explicativa y que hayan pasado tan desapercibidas en la sociología.

Pinker plantea a lo largo del libro por qué la ciencia social sigue aferrada a la doctrina de la *tabula rasa* y desprecia las crecientes evidencias en su contra. Junto al temor infundado al hecho de que reconocer la naturaleza humana implique aceptar como buena la desigualdad, el fatalismo, el sexismo o la violencia, se halla un debate ideológico de gran calado. Pinker considera que la postura de autores como Lewontin, Rose y Kamin es, principalmente, un ataque ideológico a la sociobiología desde la izquierda y la ciencia radical y, en menor medida, desde la derecha conservadora. El argumento se resume en la afirmación de Rose y Rose, citada en la página 375 del libro: «la psicología evolucionista es un ataque libertario de derechas contra la colectividad». Los ataques a diversos investigadores muestran que defender la existencia de tendencias innatas en el comportamiento humano es considerado, en ocasiones, inmoral.

Esta creencia ha dificultado, sin duda, la difusión de las ideas sociobiológicas y evolucionistas en la sociología, un área dominada por profesionales de izquierdas en mayor medida que otras disciplinas sociales (Klein y Stern 2005). Pero hay otra barrera más profunda a la incorporación en la sociología de los hallazgos de las nuevas ciencias del cerebro, la mente, los genes y la evolución. A juicio de Pinker, ésta es resultado de la aproximación fundacional de la sociología, basada en una teoría «integral» (Sorokin) de la sociedad, frente a la tradición individualista propia de la economía y, sobre

todo, de la difusión del construccionismo social extremo, el mayor obstáculo a esta fertilización cruzada, cuando no al sentido común.

Es hora de que la sociología se tome en serio estas cuestiones. Los genes, las hormonas o la evolución no niegan la importancia de lo social. Sólo invalidan algunos juicios erróneos que perviven en algunos manuales de sociología. Quizá sea poco realista pensar en la *consilience* de las ciencias naturales y sociales, como defiende Pinker, siguiendo a Wilson. Pero es necesaria la exploración de las fronteras de la disciplina. La creación, hace cinco años, en la ASA, de la sección sobre evolución, biología y sociedad es una buena prueba de ello.

Referencias

- BUSS, D. 2004. *Evolutionary psychology: The new science of the mind*. Boston: Pearson.
- KLEIN, D.; STERN, C. 2005. «Professors and their politics: The policy views of social scientists». *Critical Review* 17, núm. 3-4.
- WILSON, E. O. 1997 [1978] *Sobre la naturaleza humana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 1975. *Sociobiology: The new synthesis*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

Christian Oltra
Cimat-Universidad de Barcelona